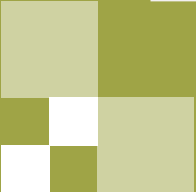
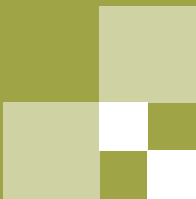




Entre la parroquia y la fábrica: testimonios de curas obreros



Varios Autores





La totalidad de este libro, tanto el contenido como el diseño están sometidos bajo licencia  <<Reconocimiento-No comercial-Obras derivadas>> que puede consultar en la red en <https://creativecommons.org/licenses/?lang-es>

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA
Roger de Llúria, 13. 08010 Barcelona
933 172 338 / info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

ISSN: 2014-6485
Edición: Anna Barba Codina y Santi Torres Rocaginé
Diseño y maquetación: Pilar Rubio Tugas
Marzo del 2026

Con el apoyo de:



ESTA PUBLICACIÓN ES GRATUITA.
Colabora con Cristianisme i Justícia:

Bizum código 05291

www.cristianismeijusticia.net/es/donativos

Entre la parroquia y la fábrica: testimonios de curas obreros

Emilià Almodóvar
Jordi Fontbona
Pepe Rodado León
Carles Casademont Oller
Ramiro Pàmpols
Sebastià Heredia
Isidre Ferreté
Rossend Darnés Bosch
Jesús Lanau
Joan Raventós Vendrell
Victorino Martín

Introducción: Josep M. Rambla

Epílogo: Sergi Gordo Rodríguez

Sumario

5 Introducción

Curas obreros sin épica
Josep M. Rambla

9 Testimonios

9 Cuarenta años de ministerio como presbítero obrero
Emilià Almodóvar

12 Estar y morir con la clase obrera
Jordi Fontbona

14 Una fuente de inspiración que no puedo sino agradecer a Dios
Pepe Rodado León

17 Somos simples servidores
Carles Casademont Oller

20 Penúltimas confesiones de un cura obrero
Ramiro Pàmpols

23 El hijo de la paragüera se hace cura
Sebastià Heredia

28 Después de años en la fábrica, hablemos del presente y el futuro
Isidre Ferreté

30 Pequeña historia de un cura obrero
Rosend Darnés Bosch

34 Una experiencia que ha transformado mi vida
Jesús Lanau

36 Trabajador manual en una Cataluña irredenta
Joan Raventós Vendrell

37 Volver a las fuentes
Victorino Martín

39 Epílogo

Curas obreros para la evangelización del mundo del trabajo
Sergi Gordo Rodríguez

43 Glosario

45 Bibliografía para profundizar

Introducción

Curas obreros sin épica

Josep M. Rambla

5

Los curas obreros han hecho historia. Un movimiento nacido después de la Segunda Guerra Mundial sacudió la Iglesia de los años 50, hasta llegar a convertirse en uno de los hechos eclesiales más notables del s. xx. Unos curas que salían del encorsetado marco institucional de la Iglesia de aquella época abrieron nuevos horizontes evangelizadores y desvelaron conciencias. Así lo relata, incluso, una novela de Gilbert Cesbron, titulada *Los santos van al infierno*. Un hecho tan novedoso como el de estos curas, naturalmente, provocó un terremoto en Roma, con intervenciones autoritarias y recortes disciplinarios, sobre todo en Francia, donde estaba el núcleo fuerte de los curas obreros. No obstante, el Espíritu no pudo apagarse y el empuje de su viento llega al Concilio Vaticano II. Los curas obreros fueron objeto de atención y debate, y, finalmente, merecieron una breve, pero significativa, aprobación en el decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros (*Presbyterorum ordinis* 8). Por esta razón, después del Concilio, los curas obreros –que siguen en Francia con una presencia muy significativa– se extienden por Europa y más allá. En Cataluña lo hacen también con mucha fuerza. El impacto de estos curas en el mundo obrero, compartiendo diferentes formas de trabajo manual, colaborando en movimientos apostólicos y participando en la acción sindical o política, ha sido sumamente considerable y su empuje a la hora de remover la sensibilidad social de la Iglesia, incuestionable.

Han pasado los años, el número de curas obreros ha disminuido vertiginosamente y muchos de ellos miran atrás, pero sin dejar de reflexionar sobre el presente. Hoy, aquí en Cataluña, se plantean la siguiente pregunta: «¿Cómo me ha transformado o nos transforma la experiencia en el mundo laboral, condicionado por el sistema económico?». Once de estos curas, todos ya jubilados o en excedencia, nos ofrecen aquí su testimonio. Intentan vivir la novedad del presente en continuidad con la experiencia de cura obrero, pero sin nostalgias del pasado. Es un privilegio disponer de las confesiones de unas personas que han vivido unas vidas tan fecundas y que ahora nos comunican cómo viven, en situaciones muy plurales, el espíritu que los animó en el trabajo manual, en misión evangelizadora. Se me ha pedido una introducción a estos testimonios, por lo que expondré, como quien recoge una ofrenda, el impacto que me suscitan estas confidencias.

6

En primer lugar, en estos escritos y de maneras diferentes, se expresa cómo el inicio de la vida del cura obrero nació de la llamada de los pobres y hacia ellos, hacia el abajamiento con las personas que sufren pobreza e injusticia. Ser cura obrero no es una opción por el trabajo, sino una llamada a la solidaridad. Como Moisés, quien oyó la voz de Dios que le decía: «He escuchado el dolor y el clamor de mi pueblo». Y esta voz de Dios se ha oído a través de los pobres y empobrecidos y de la gente trabajadora y explotada. Hacerse cura obrero ha sido la manera de compartir su vida con mucho sufrimiento y humillación, de ahí que la vida del cura obrero haya sido como un «enterrarse» en la vida del pueblo, participando de su dura condición laboral. Y, en esta inmersión, hay aún una motivación especial: el dolor hiriente por el intolerable silencio de la Iglesia española ante los asesinatos y las torturas de la dictadura franquista, de su policía y sus jueces. Este dolor empujaba a acercarse todo lo posible a una clase social cada día más alejada de su relación con la Iglesia, presentando otro rostro eclesial y cristiano.

Todos los testimonios llevan dentro una profunda experiencia personal de Cristo. Por lo tanto, no resulta extraño que la seducción de los pobres converja con la llamada de Jesús pobre y para los pobres. En este descenso hacia los de abajo, se encuentra la relación viva con Cristo, Jesús de Naza-

ret, que «tomó la condición de esclavo». La vivencia de Cristo ha acompañado la vida misionera de estos curas y aún hoy la nutre.

No hay vida cristiana sin comunidad. Pues bien, en los testimonios de estos curas destaca la fuerte red que se establece entre ellos, cuya expresión más visible es el colectivo de curas obreros de Cataluña. Pero, además, es importante la proximidad de algunos con gente de las parroquias, la vinculación a movimientos (ACO*, JOC*, JOBAC*, GOAC*, MIJAC*) y la pertenencia al Prado*. Y también, el estar unidos por una inspiración común que, en gran parte, viene de los contactos más o menos directos con Joseph Cardijn y Antoine Chevrier.

La vida con la gente del mundo obrero va configurando lentamente una manera de leer el Evangelio y una manera de interpretar el mundo. Tras unos años viviendo la solidaridad en proximidad con el mundo obrero, el Evangelio tiene unas resonancias particulares, muy cercanas al espíritu original de Jesús de Nazaret. Las noticias políticas, sociales y religiosas se filtran con un tamiz especial, con la mirada desde abajo. Y, de manera general, participar en la vida obrera, en los análisis sociales o políticos y en las luchas que comportan, conlleva que toda visión de la realidad sea una visión predominantemente política.

Como ya hemos dicho, prácticamente todos los curas que comparten su testimonio están jubilados y han dejado el trabajo manual. No obstante, en ninguno de ellos ha perdido fuerza la solidaridad con el mundo de los pobres. Todos, de una manera u otra, siguen viviendo formas diferentes de solidaridad activa, de las que se destaca el sentido de universalidad al colaborar con iniciativas y acciones, especialmente con América Latina; porque la universalidad es una de las características que ha marcado la vida y el compromiso de los curas obreros.

Todo el conjunto de testimonios rezuma un aroma de agradecimiento y de alegría por los años vividos como curas obreros. Al mismo tiempo, se percibe en ellos una sencillez y una humildad sin ningún complejo de profetismo, sino más bien con la conciencia de ser personas regaladas, con una vida compartida con los trabajadores manuales en condiciones de po-

breza y, a menudo, de explotación; trabajadores que, en muchos casos, han sido sus auténticos formadores. Y, eso sí, sin nostalgias del pasado ni derrotismos ante el presente.

Por todo ello, quienes leemos estas páginas tenemos que agradecer que se nos ofrezca el contacto con las vidas de unas personas que, con sus luchas y también sus vacilaciones, han estado durante años en medio de un mundo que la Iglesia tenía muy marginado. Historias largas, luchas duras, entrega generosa, fe activada por el amor... Todo esto se nos comunica de una manera muy llana y transparente, sin ponderaciones ni triunfalismos. Aún nos encontramos lejos de aquellos años posconciliares en que los curas obreros eran objeto de admiración o de dura crítica, vivían tiempos complicados y peligrosos, enfrentamientos, luchas y descalificaciones. Se vivía una especie de «mística»; tiempos épicos y gloriosos. Hoy, en cambio, en estas páginas encontramos personas cargadas con una historia larga y rica, pero sencillas y despojadas, cálidas y vigorosas: curas obreros sin épica, quienes comparten abiertamente unas chispas de sus vidas. Un regalo espléndido para quienes leemos estas páginas.

8

¿Cuál es el futuro de los curas obreros? No lo sabemos. No obstante, lo que ha inspirado y movido sus vidas, lo que ha vertebrado sus opciones sociales, políticas y eclesiales no debería perderse en nuestra Iglesia si no queremos que el mensaje central de Jesús de Nazaret, que vino a dar una Buena Noticia a los pobres, quede desfigurado y pierda en buena parte su significado en el mundo de hoy.

Cuarenta años de ministerio como presbítero obrero¹

Emilià Almodóvar

9

Este domingo, 4 de febrero de 2024, hemos celebrado la Eucaristía dando gracias a Dios porque hemos sentido su proximidad en el camino de la vida; tan cerca como dice el Deuteronomio: «Durante todo el camino que has hecho por el desierto hasta llegar a este lugar, el Señor, vuestro Dios, te ha llevado a hombros como un padre lleva a su hijo» (Dt 1,31). Así ha sido el camino hasta celebrar los cuarenta años de presbítero obrero; durante todo este trayecto vosotros me habéis sido caricia de Dios.

Os invito a que hagamos presente no tanto lo que yo os haya podido ayudar, sino, sobre todo, los momentos, los ratos, que vosotros habéis colaborado en mi crecimiento como persona y como servidor de las comunidades a las que me han enviado. Siguiendo las huellas de Cristo, la primera caricia recibida es la de la familia de sangre, que ha hecho todo lo que estaba a su alcance para que siguiera viviendo cuando la muerte llamaba a la puerta desde los primeros días de mi existencia.

En las catequesis de la parroquia de San Ildefonso, en Cornellà, es donde desperté en la fe. Recuerdo que la ciudad de Esplugues me ayudó a situarme en el contexto de la vida y la fe, en la relación entre la fe y la cotidianidad de la existencia; a encaminar mi servicio como cura obrero al

1 Sermón pronunciado en la celebración de los cuarenta años de presbiterado.

estilo de Romà Fortuny, enfermero y carpintero... Asimismo, la proximidad de presbíteros pradosianos ha permitido el descubrimiento de la vocación hacia esta espiritualidad.

Entusiasmado, con más ingenuidad que capacidades, las personas del barrio de La Florida me acogieron. Podría parecer que era yo quien hacía posible el grupo de jóvenes, ¡pero no! Si no hubiera sido por Puri y Miguel, por Erme y Fernando... yo no habría sido capaz. Si no hubiera sido por Pepe, por la juventud de Sofía y Santolino... no se habría podido conseguir un grupo importante de personas jóvenes. Aunque pueden reprocharme, con razón, que me fui demasiado pronto. En Cornellà, fue primordial trabajar en equipo; así como la confianza que depositaron en mí los que allí formaban el equipo de presbíteros y, más en concreto, la convivencia con Joan. Con ellos, aprendí que las verdaderas revoluciones, como la lucha contra la aluminosis, solo se pueden ganar de forma conjunta, sumando, celebrando logros y manteniéndose en la lucha.

10

Todos estos años, de manera continuada, he trabajado manualmente con las personas de Engrunes y de Recollim, recogiendo enseres de segunda mano; en la casa de Betania, compartiendo la existencia con mujeres maltratadas y con otras que salían de la cárcel; en la Fundación hermano Tomás Canet, acompañando a personas con capacidades diferentes. En todos estos puestos de trabajo, me han enseñado a mantenerme con los pies en el suelo, sin reflexiones sobre «el sexo de los ángeles».

También, desde los movimientos de Acción Católica especializada (JOC, MIJAC, ACO*, GOAC) me han enseñado a crear trabajos de artesanía y a no trabajar en serie, a darle protagonismo a los niños, niñas y adolescentes con sus múltiples capacidades. A las personas de Santa Coloma de Gramenet puede haberles parecido que ya lo sabía todo, ¡pero no! Vosotros me enseñasteis a «atarme los zapatos»: me ibais señalando el lugar donde situarme en cada momento, como sucedió contra el encierro de personas migrantes en los CIE. Y, de nuevo, L'Hospitalet me enseña cómo caminar con personas mayores, personas que por el simple hecho de serlo no se conforman con cualquier cosa. Como decía Sara: «Algunos sacerdotes nos toman por *tontinas*, nos vuelven a decir en los sermones lo que acaban de

leer en el Evangelio». Fue ella quien me apoyó en el propósito de iniciar una huelga de hambre para protestar contra una decisión de Cáritas diocesana de Barcelona; una huelga de hambre que, al final, no fue necesario llevar a cabo.

Actualmente, también he aprendido de La Fundició, donde puedo participar en proyectos que ni yo ni gente de Iglesia hemos iniciado, pero que consiguen fomentar la dignidad de las personas. También con Mujeres Unidas entre Tierras... Resultaría muy largo entrar en las distintas relaciones personales forjadas en estas etapas. Alguna vez parecía que era yo quien echaba una mano, pero todo lo contrario: con cada una de las personas con las que hemos entrado en diálogo, yo aprendía a crecer a partir de las dificultades, de las fragilidades.

Cuando yo no había sido fiel al plan de Dios, Oriol Xirinacs me dijo: «Es parecido a lo que les ocurre a los platos de barro cuando caen al suelo: quedan marcados, pero no se rompen y pueden seguir siendo útiles». Admirarnos de que Dios tenga presente y elija a las personas que no valen, que no cuentan, que no pueden... para llevar a cabo su obra liberadora. Todo este Pueblo de Dios ha sido el instrumento con el que me ha hecho llegar su caricia cada día. «Mi alma magnifica al Señor, mi espíritu celebra a Dios que me salva, porque ha mirado la pequeñez de su sierva» (Lc 1,46).

Estar y morir con la clase obrera

Jordi Fontbona

Podemos decir que, últimamente, estamos asistiendo al «entierro» de los curas obreros, pero yo cojo este entierro en el sentido que le dábamos en el I Encuentro estatal de curas obreros, el año 1982:

Llevamos muchos años intentando comprender el acontecimiento de la encarnación, que nos ha hecho asumir la condición de pobre, y nos ha introducido en la dinámica del grano de mostaza y de la levadura [...] Y desde esta condición, hacemos de nuestra vida, de nuestro ministerio, «eucaristía», intentando traducir en nuestro vivir cotidiano el «haced esto en memoria mía», no como un gesto litúrgico, sino como entrega y compromiso.

12

Es decir, en el sentido de vivir la Encarnación a fondo. Enterrarse, sí, hasta la profundidad, hasta donde seas capaz. Por eso podemos decir que, mirando a Jesús, estamos en el Misterio y nos topamos con él, que cuesta entender, creer y vivir: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (Lc 24,25-26).

Y, ahora, pensando en los más de veinte años que trabajé manualmente como cura (antes, entre los 14 y los 26 años ya lo había hecho), pienso y veo este «enterrarse» como un irse empobreciendo progresivamente, lentamente... Esta es, indudablemente, la sensación que tienes cuando pasas un tiempo largo (años) al lado de una máquina de imprimir y donde todo, o casi todo, sigue igual: los mismos compañeros, los mismos ruidos, los mismos malos olores... Y así un día, y otro, y otro. Año tras año.

Y, mientras tanto, cuando te levantas a las cinco y cuarto de la mañana para ir a trabajar, o cuando estás peleándote con una máquina, te preguntas, muchas veces, si realmente es ese tu lugar, si tiene sentido que

estés ahí, cuando podrías hacer y decir otras cosas más de acuerdo con tu «condición de cura».

Y cuántas veces tienes la tentación de abandonar, de dejarte de «estupideces» y de hacer lo que realmente tendrías que hacer: de cura cura, en una parroquia. Y más cuando tanta falta hay. Entonces, imaginas, tendrías más tiempo para leer, formarte, reflexionar... Y lo echas de menos, ya que posiblemente –piensas– podrías «aportar» mucho más sobre contenidos, porque irías más descansado y tendrías la cabeza más clara. Sobre todo, de cara a acompañar a los militantes de la JOC y de la ACO. Seguramente ellos me lo agradecerían...

Asimismo, recuerdo que me preguntaba: «¿Es necesario todo esto? ¿Tiene sentido este desgaste? ¿No se trata de querer mantener de forma obstinada una fijación personal y, por tanto, subjetiva o poco eclesial, dirigida más a un pasado obrerista y no pensando en el futuro?».

Son preguntas que me he formulado muchas veces, pero también es verdad que, al intentar responderlas, siempre me inclinaba por seguir en el trabajo, pensando que, con esta respuesta, estaba más cerca de la vida y las condiciones de la clase obrera con la que quiero estar y morir.

Una fuente de inspiración que no puedo sino agradecer a Dios

Pepe Rodado León

Soy Pepe Rodado y tengo 62 años. Soy el tercero de seis hermanos. De familia trabajadora manchega, emigramos a Barcelona a principios de los 70. Empecé a trabajar a los 15 años en una fábrica textil de Sabadell. A finales de los 70, tuvo lugar una gran reconversión del sector textil y en Sabadell se organizaron grandes movilizaciones; fue ese ambiente el que me ayudó a tomar conciencia de clase obrera.

14 Mi familia era creyente y practicante. De niño, en mi pueblo, tanto a mí como a mis amigos nos marcó un sacerdote que nos hizo cercana la figura de Jesús y su manera de vivir. En Sabadell dejé de practicar: era más atractivo jugar al fútbol. Pero la semilla la llevaba dentro. Y, tras contactar con mi parroquia de Ciutat Badia, con un sacerdote y el grupo de jóvenes, despertó en mí la conciencia obrera y cristiana: por un lado, el sacerdote del Prado, quien me facilitó los evangelios y potenció mi intensa atracción por Jesús de Nazaret; por otro lado, la JOBAC –posteriormente, JOC–, junto con el descubrimiento de Joseph Cardijn, fundador de la JOC, me hicieron valorar la propuesta de entrar en el seminario desde la fábrica, sin estudios, a los 19 años. Allí me facilitaron el acceso a un plan específico llamado ESMO (Encaminamiento Sacerdotal en el Mundo Obrero) existente en Barcelona. Junto con otros compañeros, compaginamos los estudios por la tarde y el trabajo por la mañana, viviendo en barrios humildes de Barcelona (Torre Baró y Vallbona). Los trabajos que llevé a cabo fueron de limpieza en una tienda de fotografía y en una cooperativa de reciclaje. Tras ordenarme sacerdote en 1990, trabajé en la construcción como peón, de mozo de almacén en varios sitios, y siempre estuve vinculado a los movimientos apostólicos como consiliario: el MIJAC (equivalente al JUNIOR), la JOBAC, la JOC y la ACO. También estuve vinculado a la Pastoral Obrera como delegado diocesano y en el ámbito catalán, y en contacto con la de todo el Estado español.

Dejé el trabajo por una lesión en la espalda y me dediqué a los movimientos, sobre todo a la JOC. Estuve quince años en El Prat de Llobregat. Al acabar como consiliario de la JOC de Cataluña y Baleares, me enviaron a otro barrio popular de Barcelona, el Bon Pastor. Allí, la pastoral, sobre todo gracias a mis antecesores, era una pastoral popular y obrera muy presente en la vida del barrio. Entonces, a principios del 2000, empezó a llegar la nueva inmigración. El contacto con los trabajadores y trabajadoras inmigrantes me hizo sentir de nuevo la llamada a compartir con y como ellos y ellas mi vida, por lo que le pedi a mi obispo volver al trabajo manual. Finalmente, después de tres años de diálogo y discernimiento, accedió, más por cansancio que por convencimiento, a mi demanda (como el juez y la viuda de la parábola).

15

La experiencia del paro y la búsqueda de trabajo y de cursos ocupacionales ya formaban parte de mi opción. Durante nueve meses compartí la formación de ayudante de cocina con una veintena de personas paradas. Eso me abrió la puerta al trabajo, viviendo de cerca la temporalidad y la precariedad laboral. Estuve tres años trabajando de ayudante de cocina en diversos lugares y, finalmente, he estado siete años trabajando como camarero-limpiador en una residencia de jóvenes deportistas. Por fin, con una plaza fija.

Hace dos semanas que me he acogido a una excedencia voluntaria de dos años que me permitirá dedicarme más a mi responsabilidad como consiliario general de la ACO. Para mí, estar presente en el mundo obrero, trabajando o sin trabajar, pero participando de la vida de los barrios donde vive la gente trabajadora para compartir con ella la vida y tratando de ser un humilde y sincero testigo de Jesucristo, es lo que ha animado y anima mi caminar como sacerdote junto a «mi gente». La opción por Jesús y la Iglesia (comunidad de sus seguidores) y la opción en el mundo obrero son las fidelidades a las que he querido servir.

Todo ello, con aciertos y errores pero con una gran esperanza, me ayuda a mantenerme fiel, a ser sacerdote del Prado (cuya espiritualidad se centra en Jesucristo y los pobres) y a pertenecer a los movimientos especializados de pastoral obrera, inspirados en Joseph Cardijn y su doble fidelidad a Jesucristo y la clase obrera.

Participar del colectivo de curas obreros de Barcelona, así como del de los Països Catalans, durante tiempo, ha sido una fuente de inspiración y apoyo que no puedo sino agradecer a Dios.

Somos simples servidores

Carles Casademont Oller

Nací en 1937. Soy el sexto de siete hermanos. Me crié en una familia religiosa en las penurias de la guerra y la postguerra. Cuando terminé el bachillerato, ingresé en el seminario de Barcelona. Fui ordenado sacerdote en septiembre de 1962 y, en febrero de 1963, mi obispo me envió como vicario a una parroquia obrera de Sabadell, la de Mare de Déu de Gràcia. Allí sustituí a un compañero que se marchaba a Chile.

En la parroquia había varios grupos de la JOC, a los cuales me integré como consiliario. Estos grupos de la JOC, compuestos por jóvenes militantes más los consiliarios, junto a la misma realidad obrera que me rodeaba, marcaron mi vida. Sí, de ellos recibí como «un bautismo de inmersión» sobre la clase obrera. Recuerdo que me preguntaba: «¿Cómo vas a poder acompañar, desde tu realidad tan distinta y desde el Evangelio, la vida de estos militantes y la de la comunidad parroquial?».

17

Entre los años 1962-1965 tuvo lugar el Concilio Vaticano II. Recuerdo que ese periodo lo vivimos con mucho interés y esperanza. A él se juntaron las luchas sociopolíticas de aquellos años y los pasos que dieron algunos compañeros sacerdotes de ponerse a trabajar en trabajos manuales, y así vivir, como uno más, la realidad obrera. Fueron años duros porque se dieron situaciones muy reivindicativas tanto en lo social como en lo político. Algunos jóvenes militantes de la JOC y también algunos curas comprometidos fueron detenidos y encarcelados, y nuestras iglesias vigiladas y denunciadas.

En el año 1969 me destinaron a una parroquia que iniciaba su andadura como tal. Se hallaba en un barrio obrero de la misma población de Sabadell. Fue entonces cuando decidí ponerme a trabajar y vivir de ese trabajo manual. Primero entré en una imprenta. No tenía Seguridad Social y tuve que esperar cinco años hasta conseguir un trabajo con la legalidad laboral

correspondiente. Me jubilé a los 65. He trabajado en tres empresas, siempre en artes gráficas (como maquinista de *offset*).

Las motivaciones que marcaron mi opción por el trabajo fueron básicamente dos:

La primera fue aproximarme a la vida de la gente: a aquellos jóvenes de la JOC, a la misma realidad del barrio, a los vecinos... Viví en un piso de alquiler como uno más y cada mañana a las 6 me desplazaba al trabajo en tren a Barcelona, para volver a las 4 de la tarde. «Vivir como uno más». El roce diario con los demás, y no como cura, es lo que me aproximó a la realidad: en la comunicación mutua, en la comprensión y en el lenguaje, en los problemas sociales que se vivían participando como uno más en esta lucha, en la asociación de vecinos, en los actos reivindicativos, en abrir la iglesia para encuentros clandestinos. Todo ello me interpelaba y me iba indicando la manera de hacer la pastoral parroquial más adaptada a la realidad de la vida social.

18

La otra motivación fue la gratuidad y la libertad. En aquellos tiempos, los curas cobrábamos una pequeña paga procedente del Estado, un Estado que oprimía y al que la Iglesia estaba atada. Renunciar a esa pequeña paga estatal fue un acto reivindicativo. A la vez, vivir de mi trabajo me ofrecía la posibilidad de actuar como sacerdote, es decir, gratuitamente. Desde entonces, no he cobrado nada por los servicios «religiosos». «Lo habéis recibido gratis, dadlo también gratis». Así, renuncié a cobrar la paga de sacerdote, a pesar de la insistencia del obispado. Todo ello me ha proporcionado mucha libertad en mi actuación pastoral y social.

Junto a estas dos motivaciones ha habido un entorno comunitario social y eclesial en el que me he sentido ayudado y acompañado en mi opción de cura obrero. Estoy muy agradecido a tantos compañeros, como al P. José M.^a Borri, Andreu Vila, Pepe Sánchez, Jaume Aragall... y a Rosi, Pepi, Antonio, Tere... Gracias a ellos empecé a formar parte del colectivo de curas obreros de Cataluña.

Esta opción de cura obrero ha marcado mi manera de vivir tanto social como eclesialmente. Siempre he estado vinculado a la pastoral de la pa-

roquia en forma de Pastoral Obrera. He intentado vivir en la comunidad compartiendo las responsabilidades, pero también con esa libertad que nos permite estar abiertos a la vida, a la realidad social y a construir una comunidad abierta; una comunidad acogedora y preocupada por los problemas de la humanidad, intentando responder a ellos conscientes de nuestras limitaciones. En 2019, me jubilé de la responsabilidad de pastoral parroquial, con 82 años.

Actualmente, vivo en la comunidad de Los Traperos de Emaús, aquí en Sabadell. Una comunidad de ocho personas (dos jubiladas), que vivimos del reciclaje y con una economía común. Sigo acompañando a grupos del movimiento ACO y también estoy comprometido en la asociación Ningú Sense Sostre ('Nadie Sin Techo'). Somos un grupo, un equipo de voluntarios, más una trabajadora social (asalariada) en una casa para catorce personas y seis pisos tutelados por la asociación. Llevamos diez años en el intento... En Emaús, cada domingo celebramos la Eucaristía con un grupo de personas, en un clima de hermandad, abierto al que quiera participar. Normalmente, nos reunimos unas quince personas, que varía según las circunstancias. También participo en una plataforma por la paz, Roda de la Pau, que, a pesar de la impotencia ante las guerras, no callamos. Desde que empecé a trabajar, he formado parte del colectivo de curas obreros de Cataluña, que, aunque pocos y jubilados, nos seguimos reuniendo en un clima de amistad, reflexión y esperanza.

Creo que he intentado responder a la vida y, como señala el Evangelio: «Cuando hayáis hecho todo lo que os he mandado, decid: "Somos simples servidores, no hemos hecho más que lo que teníamos de hacer"». Por último, soy consciente de que no todo lo he hecho bien, que en mi vida hay errores, pero, a pesar de ello, doy gracias a Dios, y a muchos...

Penúltimas confesiones de un cura obrero

Ramiro Pàmpol

Quiero resaltar algunos rasgos que emergen desde las cenizas de 28 años en el trabajo manual. Luego me referiré a mi situación actual.

El rasgo que más me ha marcado ha sido la voluntad de cercanía con el mundo trabajador. Y ha sido precisamente esta cercanía la que me ha ido modelando poco a poco. Creo que puedo decir que se trata ya de una especie de «instinto» cuando yo mismo u otra persona habla de las experiencias propias de la clase trabajadora: me refiero a la forma de vida en el interior de un barrio popular, a la mirada a la realidad cotidiana propia de un obrero, a los conflictos laborales que suelen darse en las fábricas, al rechazo claro o discreto de personas pertenecientes a otra clase social y, sobre todo, a las relaciones personales que se han ido fraguando a lo largo de los años. Ahora, cuando acudo a una celebración religiosa en el centro de la ciudad de Barcelona, por ejemplo, compruebo que desconozco a casi todos los asistentes, como si formase parte de «otro mundo»...

20

En síntesis, me sorprendo a veces a mí mismo cuando veo cómo ha caído en mí esta «larga marcha» hacia el trabajo manual y hacia nuevas relaciones que me llevan a decir: «¡Afortunadamente mi vida ha quedado marcada por mi trabajo y de forma definitiva!».

El primer período franquista nos transformó a todos los curas obreros de forma intensa, una especie de «mística» obrera propiciada por los riesgos, los peligros, las detenciones policiales, los frecuentes conflictos en las fábricas, la represión franquista... Todo ello lo vivimos con intensa pasión. Personalmente, me marcó de forma especial el intolerable silencio de la Iglesia española ante los asesinatos y torturas de la dictadura franquista, de su policía y sus jueces. Aquí quiero denunciar los fusilamientos a las seis de la madrugada, por razones ideológicas, en varias capitales del Estado: Torreros (Zaragoza), Montjuïc (Barcelona), Carabanchel (Madrid), Valencia...

Todos estos acontecimientos me hicieron tomar la decisión de acercarme todo lo posible, como cura obrero, como creyente y hombre de Iglesia, a una clase social cada vez más alejada y conflictiva de su relación con ella.

Con el paso de los años, esta «mística» casi ha desaparecido y nos conformamos con resistir lo mejor posible. Fue el precio de pasar de una dictadura a una democracia incipiente. Se ha hecho célebre entre nosotros la frase «Contra Franco vivíamos mejor».

Pasando al segundo aspecto de cómo vivo hoy mi condición de jubilado en el mundo obrero, intentaré responder con algunos trazos propios de mi personalidad en estos momentos, cumplidos ya los 90 años.

En primer lugar, no puedo desprenderme de mi visión del mundo, que es fruto espontáneo de mi inserción laboral y que es una visión predominantemente política. No concibo mi pertenencia actual a la Marea Pensionista o a mi voluntariado en Brians 2, una cárcel de Barcelona, sin tener en cuenta la dimensión política que supone. No soy capaz de quedarme tranquilo con un compromiso humanitario o asistencialista. Me digo a mí mismo que eso sería una forma de reforzar el actual estado de las cosas.

21

En segundo lugar, aunque parezca contradictorio con lo expuesto en el primer punto, reconozco que, ahora que dispongo de mucho tiempo libre, siguen más vivas que nunca mis raíces sociales de clase media. Por ejemplo, no se me ocurre ir a la Federación de Jubilados y Pensionistas de CC. OO. y pasar allí algunos días entre semana. Me siento lejano del compromiso sindical, no de su espíritu. De alguna forma, «regreso» a mis aficiones, buscando en lecturas de filosofía o teología, o en el cine, estímulos que alimentan el sentido de mi vida. Admito, sin embargo, que, gracias a mi condición inicial de clase media, he sido capaz de recorrer todo el camino que he expuesto.

Sigo incorporado a varios movimientos sociales y en contacto con iniciativas destinadas al mundo de las migraciones, o realizando seminarios en Cristianisme i Justícia, y estando presente en colectivos de sacerdotes obreros en Cataluña y Europa. Sin embargo, creo que vivo una especie de

dicotomía debido a la «cultura» de mi doble pertenencia, que se resuelve por el lado de mi inquietud y mi opción clara por el mundo obrero.

Como una breve síntesis de lo que acabo de decir, pienso que hay tres expresiones clave que pueden definir mi actitud actual frente a los graves problemas sociales, ambientales, de identidad, tanto feminista como nacionalista, etc. En definitiva, problemas de honda raíz política y que formulo para mí con estas palabras:

- Deseo un necesario profetismo tanto humano como creyente, que nunca hay que abandonar;
- intento ser consciente de la dimensión política de cualquier realidad humana por pequeña que parezca;
- sufro la constatación de las enormes desigualdades en la distribución de la riqueza que dividen al mundo y que, a mi entender, son la causa radical de todas las contradicciones sociales.

22

No he dicho nada sobre mi actual vivencia religiosa que cultivo apasionadamente: el pretender dar un sentido al Mal en el mundo, la inquietud sobre el ateísmo creciente especialmente en nuestro país; la búsqueda de un conocimiento más elaborado de la persona de Jesucristo, como respuesta radical a tanto sufrimiento; la cuestión de la transmisión de la fe (suelo darle vueltas a la pregunta de si puede hablarse razonablemente de la «vía no religiosa» para alcanzar a Dios) y el contenido de la fe misma.

Para acabar, también me preocupan tanto el lenguaje como los contenidos de mis celebraciones dominicales. Las homilias son una expresión clara de la tensión que vivo a veces para comunicar mis sentimientos creyentes de forma más actual.

Quiero acabar reconociendo que este ya largo espacio de jubilación –más de 24 años– es un tiempo extraordinario para saborear viejos recuerdos de amistad obrera, mientras desde la ventana abierta de mi habitación de Bellvitge miro hacia la ciudad y mi barrio... Es el sentimiento de una misión, de una épica humilde y una «cultura del conflicto» por la Justicia razonablemente cumplidas.

El hijo de la paragüera se hace cura²

Sebastià Heredia

Mis raíces

Con mis torpes palabras, no quiero hablar de mí ni hacer un gran discurso, ordenado y comprensible, sino dejar hablar a mi corazón, desahogándome y profundizando en mis raíces. Recordando uno de los versos de «Gracias a la vida», comienzo la historia de mis raíces con las palabras que empecé a balbucir entonces: «Papá... Mamá... Hermano... Amigo... Vecino... Barrio... Pueblo».

Por parte de madre, mi abuelo fue el «papá José». Era de Linares, Jaén, la tierra de los «aceituneros altivos». Muy pronto tuvo que dejar sus olivos para asentarse en La Unión, Cartagena, donde conoció y se casó con la mamá Obdulia, Ulla para los nietos. Allí, el papá José era barbero, sacamuelas y maestro de guitarra, autodidacta, en la tierra patria del *Cante de las minas*.

Por parte de padre, el yayo Sebastián y la yaya Fulgencia nacieron en Alumbres, un pueblecito de casas de barro, al pie de la sierra de Cartagena y cerca de las rocas de Escombreras, la tierra de la lagaña y el esparto y de las minas de hierro.

Mi padre fue minero a los ocho años. Se me encoge el corazón al decir que mi padre fue como un «gusanito» que, a través de los agujeros de las rocas, llevaba agua a los «gusanos» que seguían ahondando en la tierra. Las minas eran alemanas y el hierro abastecía la Primera Guerra Mundial.

2 Este escrito es parte del discurso que pronuncié cuando me nombraron hijo adoptivo de Montcada i Reixac en 2017, y que actualicé en 2024.

Trabajo, techo y tierra

En 1917, hace más de cien años, mis abuelos tuvieron que abandonar su tierra: o morirse de hambre o emigrar para buscar trabajo, techo y tierra, como tan gráfica y profundamente dice el papa Francisco a los balseros de Lampedusa.

Se fueron a vivir a Barcelona, en el Barrio Chino, donde se estableció la segunda ciudad de Murcia: más de 150.000 murcianos en aquellas calles del Barrio Chino: San Olegario, Robadors, Arco del Teatro, Ciprés, Unión, Cadena, San Ramón, San Jerónimo, Riereta, Carretas, Amalia... hasta desembocar en San Pablo, donde yo nací. Quizá fue en el lugar más digno de la calle San Pablo (no por mi nacimiento, ¡claro!), flanqueado a la izquierda por la calle de las Flores y a la derecha, por la no menos famosa calle de Las Tapias, con el digno telón de fondo de las Tres Chimeneas del Paralelo.

24

Ahí nací y crecí. Jugué siempre en la calle. ¡Ah! Recuerdo las llamadas a los timbres y picaportes de las casas de putas de la calle Las Tapias para salir disparados, ¡no fuese que nos pillaran y nos metieran dentro!

Y fui a la escuela. Salí con vida, milagrosamente, de los bombardeos de la guerra y de jugar en las barricadas por aquel entresijo de calles estrechas del Barrio Chino profundo, que teníamos el atrevimiento de recorrer y en las que nos sentíamos como en nuestra propia casa.

El hijo de la paragüera

Y un buen día –por decirlo de alguna manera– el Barrio Chino, mejor dicho, mi pequeño Barrio Chino, desde la calle Carretas hasta la calle San Pablo y su Ronda, se conmovió. La noticia corrió como un reguero de pólvora: «El hijo de la paragüera se hace cura». Mi madre había trabajado haciendo paraguas en Pío Robert Laporta (no lo olvidéis, Ronda san Antonio 66) y arreglaba, en casa y en una tiendecita de la calle Parlamento, todos los paraguas de nuestros vecinos.

La sorpresa y las exclamaciones –algunas me ahorro expresarlas– fueron compartidas: «Sebastianico, ¿qué haces?», «Sebastián, te perdemos, te perdemos...». Era el llanto compartido por todos los vecinos y también por mi familia y mis compañeros de trabajo de la Pirosmal, la fábrica de porcelanas en cuyo horno de fundición de porcelana, en la calle Parlamento, yo trabajaba.

La vigilia de mi entrada en el Seminario fue una procesión inacabable de vecinos que venían al 109, 2.º 2.ª, de la calle San Pablo a dar el pésame y a consolar a mis padres. Decían: «No os pongáis así... Sebastián es bueno... él nunca os olvidará, ni os dejará». Y como colofón a las palabras de ánimo, las que decía mi vecina Lluïsa, del 3.º 1.ª: «Celia, no te pongas así... Si el Sebastianico quiere hacerse cura, déja lo que se haga cura... ¡Peor hubiera sido que te hubiera salido ladrón!».

Y solo mi padre, papá, lloraba en silencio... El papá anarquista convencido, hombre inteligente, profundo y respetuoso, que al conversar a fondo y despidiéndome de él me dijo: «Sebastián, hijo, yo no te entiendo, ni entiendo a la Iglesia, pero si estás convencido de lo que vas a hacer... ¡Házlo!».

25

Y al día siguiente, a los 24 años, llorando, entré en el Seminario de Barcelona, jurando y perjurando a mi familia, a mi pequeño Barrio Chino y a mis compañeros de trabajo que no me perdían, que yo nunca me olvidaría de ellos.

«Como sé que te gustan los *obreritos*»

Tuvieron que pasar unos trece o catorce años para volver a «tomar tierra» donde arraigar y absorber la savia que me diera vida y me ayudase a ser lo que siempre había querido ser. En 1963 yo era superior y profesor de Teología en el Seminario Mayor de Barcelona. Eran los años del Concilio Vaticano II, tiempos de debate a fondo en la Iglesia y de posibilidades de cambios en su rígida estructura, por decirlo de manera respetuosa.

En el Seminario no todo el mundo lo veía como yo. La mayor parte de los *profes* me decía que me marchara. Parece que yo era un incordio para el

Seminario. Pero todos los alumnos de Teología me pedían que aguantara, que no les dejara. Uno de ellos dijo –me enteré de ello después–: «Si se marcha Mn. Heredia, el Sebas, ¿quién defenderá a los pobres?».

Pero ganó la «oposición». Un buen día –o no tan bueno–, el obispo Gregorio Modrego Casaus me llama y me dice: «Sebastián, he pensado que es mejor que dejes el Seminario... Y como sé que a ti te gustan los *obreritos*, ve a una barriada obrera, a Bifurca (Montcada Bifurcación) y comienza a organizar una parroquia». El hijo de la paragüera, el cura que se fue llorando, era bien recibido y con alegría: «¡Ya tenemos *mossèn*!, ¡ya tenemos rector! ¡Ya tenemos parroquia!».

Pero yo, os lo bien asegurado, en lo más íntimo de mi corazón, me dije: «Yo no soy el cura, superior y ajeno al pueblo... sino un servidor del pueblo. Soy uno de ellos y con ellos por siempre jamás. ¡Aquí quiero echar mis raíces!». Y con una frase que me salía del corazón, tal vez un poco irreverente, me dije: «¡De aquí no me saca ni Dios!».

26

Aquí acaba mi extraer del pozo mis raíces. Y aquí me tenéis después de 60 años, con más polvo de cemento de la Asland en mis pulmones que sangre en mis venas.

El sentido de mi vida

Con las palabras de la canción de Violeta Parra «Gracias a la Vida», que no son mías, pero sí dignas y poéticas, quiero expresar y compartir mis sentimientos más íntimos:

Gracias a la vida que me ha dado tanto.
Me ha dado la risa y me ha dado el llanto.
Así yo distingo dicha de quebranto,
los dos materiales que forman mi canto
y el canto del pueblo al que yo amo tanto.

Se me ha acabado la cuerda...

Vuelvo a mis primeras palabras torpes: gracias a todos los que me habéis acompañado y me habéis querido tanto. Me habéis ayudado a ser un poco aquel que siempre he deseado ser. Y, muy especialmente, gracias a mis «obreritos» de Bifurca. Vosotros sois los protagonistas y no yo. ¡Echadme una mano!

Después de años en la fábrica, hablemos del presente y el futuro

Isidre Ferreté

28

A mis 84 años de edad, 66 como jesuita y después de 35 años completos de trabajo laboral en fábricas (los 18 últimos como mecánico de mantenimiento) y de compromiso sindical, vivo la alegría de estar «en mi lugar», al lado de las personas desatendidas y vulnerables de mi barrio, La Salut Alta de Badalona, donde llevo viviendo desde hace 30 años. En esta sociedad cada vez más fragmentada y dispersa, más pluricultural que intercultural, donde aumenta el riesgo de guetos sociales y enfrentamientos (*bidonvilles et banlieues*), mi preocupación es ayudar a pasar de la coexistencia «pacífica» a la convivencia en libertad y justicia. La Fundació Salut Alta, en la que colaboro desde hace veinte años, trabaja por este futuro cohesionado con niños, adolescentes y familias del barrio de culturas y religiones diversas. También participo organizadamente en plataformas de entidades vecinales y municipales con objetivos integradores similares, y por el derecho a la vivienda digna. En mi barrio, sufrimos tres o cuatro desahucios semanales.

Con este mismo objetivo integrador, un grupo de profesionales jubilados como yo enseñamos electricidad y fontanería básica a inmigrantes «sin papeles» en la Fundació Migra Studium, una entidad del centro de Barcelona. Dos mañanas a la semana impartimos cursos que encaminan a la tan anhelada y vital inserción laboral. Son tiempos de aprendizaje, pero también de acogida personal y socialización. En los diecinueve años que llevo en el proyecto ya han pasado más de 1.200 personas.

Vivo y cultivo diariamente mi seguimiento personal a Cristo, motivo central de mi vida, y con otro jesuita formo parte de la comunidad cristiana del barrio, donde tenemos eucaristía semanal y otras actividades de formación, compromiso y tiempo libre. También soy consiliario de dos grupos de ACO.

Mi comunidad de vida (actualmente tres jesuitas) cambiará de vivienda para ser comunidad de Hospitalidad con inmigrantes y lugar de acogida temporal para otros jesuitas o seculares que quieran vivir temporalmente en el barrio y llevar a cabo algún servicio.

Formo parte de la Mesa de Diálogo Interreligioso de Badalona: católicos, baptistas, adventistas del séptimo día, musulmanes y, esporádicamente, sijes. De entrada, no aspiramos a «rezar juntos» al mismo Dios, pero sí podemos «encontrarnos juntos» para rezar cada uno a su manera. No nos une la misma creencia, pero sí la misma sinceridad. Hemos celebrado tres Oraciones interreligiosas por la paz, tres «Víspera con las religiones» (itinerarios guiados a cuatro templos diferentes, con acogida y explicación) y diversas charlas sobre temas fronterizos (Ramadán-Cuaresma, libertad religiosa en Marruecos, etc.). La simple existencia de esta mesa desde hace ya más de siete años es un éxito: aunque a veces parece que no se avance en nada, la cordialidad mutua es real –aunque formal– y ayuda a prevenir conflictos.

Pequeña historia de un cura obrero

Rosend Darnés Bosch

Nací el mes de enero de 1943 en una pequeña finca de Esponellà (Girona), un pueblo de apenas 300 habitantes. Era el tercero de cuatro hermanos, todos varones. Mis padres eran pequeños propietarios agrícolas. Cultivaban la tierra (secano) y tenían ganado: vacas, cerdos, gallinas, conejos y otros animales de corral para el consumo de la casa. Se trabajaba mucho. Asistí a la Escuela Nacional del lugar con un maestro que nos hacía trabajar intensamente. Con once años, ingresé en el Seminario diocesano para ser sacerdote.

30 Estudiando Filosofía y Teología tuvo lugar la celebración del Concilio Vaticano II, que vivimos, seguimos y estudiamos intensamente y con mucho entusiasmo. Sorprendiendo a todo el mundo, el papa Juan XXIII lo convocó con el fin de que se abrieran puertas y ventanas, con un aire nuevo, y para que la Iglesia empatizara y entrara en diálogo con el mundo y acercara posiciones con las otras Iglesias cristianas separadas de Roma (ecumenismo). Publicó la encíclica *Pacem in Terris* y la *Mater et Magistra*. Con Pablo VI hubo una cierta continuidad, y fue cuando se optó por la renovación del episcopado español y el desmarque de la Iglesia española del régimen franquista con el cardenal Tarancón. En el campo civil, fueron también tiempos de apertura, de horizontes amplios, de esperanza: Kennedy, Jruschov, la llegada a la luna, el Mayo francés, el diálogo cristiano-marxista... Pasaron por el seminario obispos que iban y venían del Concilio: Hélder Câmara, arzobispo pacifista de Recife (Brasil); el cardenal Silva Enríquez, de Santiago de Chile; Monseñor Ancel, obispo fundador de la JOC; Pepe Mera, laico, fundador de la HOAC; movimientos eclesiales; contactos con monjes de Montserrat, y un largo etcétera. Había actos académicos y musicales importantes, cine-fóruns, teatro, presentaciones de libros de espiritualidad francesa –Congar, Chenu, Daniélou, Rahner, Schillebeeckx, Quoist–, etc. El Seminario era la institución más despierta y activa de Girona. Teníamos delegados de curso que nos permitían incidir en la toma de decisio-

nes de la institución, mantener relaciones y cursillos con militantes de la HOAC, formar grupos de liturgia, del mundo rural, de misiones, del mundo obrero...

Durante los años de estudio, en vacaciones, trabajaba en las tareas de la casa y del campo al lado de mis padres y hermanos, codo con codo con ellos sin concesiones ni privilegios. Por eso, ya siendo estudiante decidí que en el futuro sería cura obrero, recordando a san Pablo, quien trabajaba de noche para no ser una carga para la economía de la comunidad. Quería poder renunciar más adelante a la paga del Estado, al estipendio de las misas y ser y aparecer, así, más libre y desinteresado en el ejercicio del ministerio. Eso hacía más creíble el mensaje.

Tras ordenarme sacerdote, trabajé durante cuatro años y medio de vicario coadjutor en tres parroquias distintas. Después, con un compañero sacerdote, formamos equipo y nos dirigimos al obispo para pedirle una parroquia en la que empezar una nueva etapa como párrocos. Nos ofreció una pequeña parroquia rural y una feligresía, y allí nos dirigimos ilusionados y dispuestos a buscar un trabajo asalariado y comenzar una nueva vida como curas obreros: mi compañero pintando automóviles en una planchistería y yo en una pequeña fábrica de acabados de tapones de corcho para botellas de vino. Todo era nuevo para nosotros; fue un aprendizaje nada fácil, físicamente duro y trabajando con diversos productos poco saludables: cloro, colas, tintes y pinturas. Empecé lavando tapones con cloro y coloreándolos, hice el empastado, su esterilización... Cuidé el esmerilado, les daba forma y aplicaba todos los complejos trabajos de acabado que nos pedían los clientes. Era una industria auxiliar que colaboraba con las fábricas de mayor volumen y les entregaba los tapones en el punto justo para usarlos para el envase. Atendí sucesivamente en distintas secciones y manejé diferente maquinaria. En un momento dado, las circunstancias económicas llevaron al cierre de la sección donde yo estaba y me quedé sin trabajo, por lo que estuve unos meses en el paro. Entré en una nueva empresa de tubos aislantes (de polímeros) con cincuenta trabajadores. Al cabo de dos años, para evitar hacerme fijo, me despidieron, así que necesité buscarme una nueva empresa.

Durante dos años más, trabajé en el campo con árboles frutales (melocotoneros, perales, manzanos, nogales, árboles de ribera para madera y pasta de papel, plátanos), con cereales (trigo, cebada, maíz, guisantes), forrajes (simientes diversas de alfalfa, raigrás), en un molino de arroz, etc. Estuve trabajando mano a mano con trabajadores del país, pero también con inmigrantes, sobre todo árabes y gambianos. Después vino otro tiempo de paro, y después estuve en el IRTA (Instituto de Reforma y Tecnología Agraria), en una fundación (Mas Badia) creada por la Universitat de Girona, la Diputació, la Generalitat y las cooperativas fruteras gerundenses con el objetivo de investigar y ensayar nuevos sistemas de poda, abono, riego, siembra de semillas, forrajes y herbicidas y pesticidas. Era un trabajo interesante que atendía a las características, deficiencias y contraindicaciones: eliminación del exceso de nitratos y de residuos tóxicos, utilización del residuo del café y de los fangos de las depuradoras del agua de boca como abono fertilizante, etc. Trabajé con técnicos diversos, con estudiantes becarios en prácticas, con mujeres, con inmigrantes...

32

Han sido 37 años de trabajo asalariado, invierno y verano, con frío y calor, de trabajo físico, de peonaje, hasta la jubilación –ya cumplidos los 65 años–. Y todo mientras atendía, a la vez, a pequeñas parroquias rurales: primero una durante ocho años, después dos más en las que estuve once años, después cinco durante 33 y últimamente seis, con las que llevo ya cinco años. En este tiempo he celebrado los sacramentos con espíritu creativo; he visitando a los enfermos y les he llevado la comunión; he trabajado y promovido la comunidad, la escuela de adultos, acompañándolos en los días de fiesta y de dolor; y he participado en la fundación del sindicato Unió de Pagesos. También moderé, a petición suya, las reuniones de la asociación de vecinos de alguno de estos sitios.

El trabajo manual, la relación con la gente, el comer juntos en una misma mesa el menú diario con otros trabajadores, nos sitúa en un mismo plano, en un nivel de igualdad, distinto al del sacerdote que vive centrándose en el culto, la catequesis y los sacramentos. Uno se gana el propio sustento «con el sudor de su propia frente y no del de enfrente». La disciplina que impone el trabajo y los horarios favorece un equilibrio personal. Convivir con un compañero también sacerdote obrero fortalece la opción vital em-

prendida, permite la reflexión y la revisión compartidas y aporta seguridad y firmeza ante los vaivenes del paso del tiempo. Los encuentros anuales con el Colectivo de sacerdotes obreros de los Països Catalans han sido de gran utilidad y nos han ayudado a crecer personalmente y a consolidar el compromiso emprendido en su día.

Todo ello es una opción nacida de la decisión de seguir a Jesús (persona, mensaje y Proyecto: el Reino de Dios); un compromiso de fidelidad a la Buena Noticia del Evangelio que nos invita a trabajar y abrir caminos al servicio de la humanización del mundo, de la justicia, de la fraternidad, de la confianza en el Dios-Amor, que es fuente de vida y de salud, que es Luz y puerto de salvación para todos los seres humanos.

Y, como es natural, ahora estoy viviendo en la residencia sacerdotal de Girona, con otros 27 sacerdotes, experimentando una jubilación tranquila, después de bastantes años procurando servir lo mejor posible a la gente sencilla de pequeños pueblos de Girona.

Una experiencia que ha transformado mi vida

Jesús Lanau

La vida en un barrio obrero de Barcelona y el trabajar como cualquier vecino en un trabajo manual (en mantenimiento de ascensores y como administrativo de una agencia de aduanas) me proporcionó lo siguiente:

- 1) Una visión del mundo desde abajo, desde los explotados, con condiciones de vida precarias (vivienda, servicios, etc.), con inseguridad y fragilidad (perder el trabajo, estar en el paro) y a veces con represalias (por pertenecer a alguna organización sindical).
- 2) La vivencia colectiva: las luchas de barrio forjaban una solidaridad para conseguir condiciones de vida dignas para todo el mundo, que superaban las dinámicas de individualismo y de intereses personales imperantes.
- 3) Una lectura del Evangelio desde la vida: partir de la realidad, analizarla y volver a ella para transformarla. Nada más y nada menos que el método de la revisión de vida.
- 4) Una espiritualidad muy básica y sencilla: lo que se te remueve por dentro a partir del Evangelio y de la vida de las personas del barrio y aquella respuesta vital que surge.
- 5) Un referente importantísimo: la fe básica y elemental de algunas de las mujeres de la parroquia (como la viuda del Evangelio que deposita dos céntimos en el cepillo del templo).
- 6) El conocimiento profundo y experiencial de la Iglesia de base y de movimientos como la JOC, la HOAC o la ACO. Una Iglesia desvinculada del poder y la jerarquía y muy crítica con todo ello.
- 7) Una libertad para manifestar mi pensamiento, sin autocensuras. Esto inducido por una cultura obrera de decir las cosas por su nombre (sin rodeos ni maquillajes).
- 8) La experiencia del «realismo» y de la fragilidad humana: en el mundo obrero aparecen también los egoísmos, el afán de poder, las falsedades... En definitiva, todo lo típico de la condición humana.

- 9) Y, finalmente, la humildad. La certeza de que necesito aprender mucho de los demás. En cualquier caso, lo importante es lo que puedas ir haciendo, juntamente con los otros (creyentes y no creyentes).

Estos han sido los principales aprendizajes que desde la pastoral obrera han transformado mi vida.

Trabajador manual en una Cataluña irredenta

Joan Raventós Vendrell

A finales de un mes de diciembre de hace ya muchos años, nos reunimos un grupo de curas y dedicamos un tiempo a poner nombre a nuestra presencia de curas en el mundo del trabajo. ¿Cómo llamarlo? ¿Cómo llamarnos? Nos parecía bastante claro el nombre de «curas en el trabajo». Sin embargo, yo quise añadirle un pequeño matiz, pues al cura se le sitúa normalmente alrededor del altar. Para mí era mejor hablar de «sacerdotes en el trabajo».

El cura obrero no pretende nunca hacer presente su «bandera», su marca. Todos somos iguales, aunque todos seamos diferentes... El papa León XIV nos ha dicho que «somos creados personas, pero el capitalismo nos trata como si fuésemos cosas». El trabajo nos ha puesto a todos en el mismo nivel, aunque algunos busquen promocionarse a sí mismos, ponerse «por encima de los otros» –también dentro de la clase obrera–.

La Teología de las realidades terrenales habla de que hay que poner todas las empresas humanas en manos del Padre. ¡Qué más quisiéramos!

He trabajado en una empresa de quince trabajadores hasta mi jubilación, sin tener ninguna actividad sindical, con fidelidad a la tarea de cada día: aburrida, rutinaria; entregando facturas y pedidos a nuestros clientes, de arriba para abajo, formando parte de un engranaje bien planeado.

Como cura obrero he celebrado una Eucaristía semanal en una pequeña parroquia de barrio, y siempre lo he hecho vestido con ropa de calle. Los sábados nos encontrábamos un pequeño grupo de los que íbamos a misa y conversábamos largamente sobre los textos litúrgicos. Ahora, ya jubilado, alguien me ha dicho: «¿Cómo es que antes de jubilarte te dormías mientras los otros conversábamos?». Mi respuesta, medio irónica, ha sido: «¿Habéis notado que ahora estoy jubilado?».

Volver a las fuentes

Victorino Martín

Para recordar el pasado os diré que el Vaticano II nos animó a «volver a las Fuentes». Y allí, en la 1ª Regla, San Francisco pide a sus hermanos «sentirse dichosos cuando se encuentren entre gentes de baja condición y despreciada, entre pobres y débiles [...]». Nos pareció, entonces, que lo más cercano era trabajar de peones en la construcción. Fui a Tarragona con Francesc y Xavier y nos encontramos con Sisco, Agustí y Ton, diocesanos, y con Miquel, jesuita de una de las dos comunidades que tenían allí. ¡Qué suerte tuve!

37 Fueron años ilusionantes: la vida en un barrio de periferia, el ambiente de trabajo, las inquietudes y esperanzas sociales, obreras y posconciariales compartidas y celebradas en una pequeña comunidad... La precariedad era una realidad tangible. Pobreza.

La crisis de la construcción en los años ochenta nos separó y la empresa mandó, a los que no aceptamos la indemnización, a Bembibre (León), en pleno invierno y con nieve. Los compañeros de trabajo que tenían familia fueron los más perjudicados: muchos tenían niños pequeños o en edad escolar y se encontraron, de repente, lejos de sus familias. Ahí empezó mi itinerancia: del Bierzo a Tàrrega (Lleida), a Banyoles (Girona), a Barcelona capital y provincia: Rubí, Mataró y Sitges.

Mis últimos cinco o seis años los pasé compartiendo piso con trabajadores de Engrunes, entidad fundada por el cura obrero Romà Fortuny, y después me fui a vivir en otro para presos en permiso temporal, piso que estaba a cargo del sacerdote Manel Pousa, capellán de prisiones y muy conocido.

Me jubilé en 2006 después de treinta y un años de gracia. No pertenezco a ningún sindicato ni trabajo en grupos cristianos, así que mi contacto actual

con el mundo obrero se limita a mi relación familiar y, sobre todo, a los medios de comunicación, que activan mi conciencia y mi chip obrero y filtran automáticamente las noticias políticas, económicas y religiosas ligándome mental y afectivamente a ese mundo. En mi comunidad acompaño a los enfermos y colaboro en las tareas de la casa.

Quiero recordar dos frases de compañeros de trabajo. Una me la dijeron en Tarragona, al principio de mi experiencia obrera: «Mira, Victorino, yo dejaré de hacer horas extras si los albañiles dejan de trabajar a destajo». Otra fue ya en mi último trabajo: «¿Tú eres fijo y trabajas de peón?, ¡Así te va!».

Epílogo

Curas obreros para la evangelización del mundo del trabajo

*Sergi Gordo Rodríguez*³

39

Preocuparse por llevar a Jesucristo y su Evangelio al mundo obrero tiene ya su historia. Como dice el P. Josep M. Rambla en el prólogo de este cuaderno, «los curas obreros han hecho historia», aunque sea, como él dice, «una historia sin épica».

Primero, me gustaría hacer un poco de historia de cómo este tema entró en la agenda de los trabajos del Concilio Vaticano II (1962-1965). El prestigioso periodista Henri Fresquet, cronista del Concilio para el diario *Le Monde*, en su crónica del 15 de octubre de 1965 recogía un hecho bien significativo y poco conocido: fue un obispo español el primero en plantear, en el aula conciliar, el tema del trabajo manual de los sacerdotes como expresión de la preocupación de la Iglesia por llevar el Evangelio al mundo obrero.

Fue el obispo Jacinto Argaya, que en aquel momento tenía 62 años y era obispo de Mondoñedo, el que leyendo un texto redactado en latín dijo:

El trabajo manual de los sacerdotes es una cuestión de actualidad. ¿Por qué no deberíamos hablar de ello? Esta forma de trabajo manual es digna de ser alabada, exactamente igual que cualquier otra. Más aún: es muy

3 Obispo de Tortosa y presidente del Secretariat Interdiocesà de Pastoral Obrera de Catalunya (SI-POC).

conveniente [*valde decet*, dijo], ya que Cristo trabajó con sus propias manos, de la misma manera que lo hizo san Pablo. Es necesario que el Vaticano II, después del Concilio de Trento y siguiendo su ejemplo, nos ofrezca una manera de ser sacerdote adaptada al mundo moderno.

El tema de la evangelización del mundo obrero en el Concilio lo protagonizaron sobre todo los obispos franceses, tema bien presente entre ellos desde los tiempos del cardenal Suhard, de la Misión de Francia y de la conflictiva experiencia de los primeros sacerdotes obreros, que popularizó la novela de Gilbert Cesbron, *Los santos van al infierno*. En el Vaticano II, el tema de la pastoral obrera lo planteó especialmente monseñor Ancel, obispo auxiliar de Lion, antiguo obispo obrero y superior general del Prado. El obispo Ancel tuvo una participación especial en lo que entonces se llamaba «Esquema 13», el inicio de una larga redacción y debate sobre lo que finalmente sería la constitución pastoral del Concilio titulada *Gaudium et Spes*. Este documento recoge los temas más relacionados con la economía, la política y la doctrina social de la Iglesia. «El interés de la Iglesia por los temas temporales –dijo monseñor Ancel en el aula conciliar– proviene de su misión total: que no es otra que la evangelización».

El Concilio, finalmente, aprobó esta afirmación relativa a los sacerdotes obreros en el decreto *Presbyterorum ordinis*:

Para cooperar en esta obra son enviados todos los presbíteros, ya ejerzan el ministerio parroquial o interparroquial, ya se dediquen a la investigación o a la enseñanza, ya realicen trabajos manuales, participando, con la conveniente aprobación del ordinario, de la condición de los mismos obreros donde esto parezca útil; ya desarrollen, finalmente, otras obras apostólicas u ordenadas al apostolado (PO 8).

Era ya una puerta abierta.

La segunda función de este epílogo es aportar mi sencillo testimonio personal: provengo de una familia humilde de un pequeño pueblo de Granada, que en los años sesenta del siglo pasado emigró a Cataluña para ganarse el pan de cada día, buscando un trabajo digno. Nací en Barcelo-

na y hasta hace dos años he tenido mi domicilio familiar en Cornellà de Llobregat. Pertenezco a la parroquia de Sant Miquel, del barrio del Pedró, un barrio obrero y popular. Como cristiano, como presbítero y ahora como obispo, el mundo de los vecinos y vecinas de nuestros ambientes populares ha estado presente en mi cabeza y en mi corazón. Comparto el pensamiento, hoy muy difundido, de que las convicciones personales profundas son las que pasan de la cabeza al corazón. He vivido mi ministerio pastoral en la archidiócesis de Barcelona y, desde hace dos años, por voluntad del papa Francisco, vivo en Tortosa viendo que aquí el mundo del trabajo es el propio del mundo rural, del mundo de los ganaderos y también de la pesca, sufriendo todos ellos muchas dificultades económicas y mucha precariedad. Por otro lado, mis hermanos obispos me encomendaron estar atento y acompañar el trabajo que impulsan las delegaciones de la pastoral obrera y los movimientos de acción católica especializados en el mundo obrero a través del Secretariat Interdiocesà de Pastoral Obrera de Catalunya (SIPOC).

41

Podemos describir la Pastoral Obrera como el conjunto de acciones que llevan a cabo los cristianos y los servidores de la Iglesia para acompañar a los cristianos y cristianas obreros, es decir, las personas cristianas que viven la condición obrera y la quieren llevar a la práctica siguiendo el estilo de Cristo e inspirándose en el Evangelio. Ya que estamos en un clima de confesión personal, dejadme decir que no me siento de ninguna manera un «experto» en pastoral obrera. Por esta razón, espero aprender mucho con la lectura de estas páginas editadas por Cristianisme i Justícia, que recogen el testimonio de presbíteros obreros de nuestra tierra.

Hay un hecho que pienso que es un motivo de acción de gracias a Dios por parte de todos los que vivimos y sentimos en nuestro corazón la pastoral obrera: se cumplen los treinta años de la publicación del documento de la Conferencia Episcopal Española titulado *La pastoral obrera de toda la Iglesia*, que incluyó, en la parte final, unas treinta propuestas operativas. Pienso que es un documento plenamente vigente y que hay que aplicarlo y darlo a conocer mucho más.

La pastoral obrera vive con frecuencia situaciones muy duras. En mi acompañamiento a las personas que la viven día tras día, me ayuda mucho el

testimonio de algunos maestros, como el beato Antoine Chevrier, fundador del Prado, san Carlos de Foucauld, canonizado hace poco en Roma por el papa Francisco, y el P. René Voillaume. De este último, releo a menudo su libro *Voyants de Dieu dans la Cité* (Éditions du Cerf, París, 1974), que incluye las cartas que dirigía habitualmente a los Hermanitos del Evangelio, de los que era superior y responsable. Estos religiosos tienen como vocación especial la de compartir la vida con sus hermanos y hermanas más pobres, en ambientes socialmente muy duros. En especial, recuerdo que les decía estas palabras como un verdadero testamento suyo: «Compartid la situación de los pobres, pero no dejéis nunca de dar testimonio de Jesucristo y del Evangelio, que es la palabra de salvación en cualquier situación».

Glosario

El Prado: Familia de espiritualidad apostólica que reúne a sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos y laicas dedicados a la evangelización, principalmente en ambientes obreros y populares. Fue fundada por Antoine Chevrier (1825-1879), sacerdote diocesano de Lyon. En Cataluña, la espiritualidad apostólica del Prado llegó en los años 50. Los pradosianos procuran vivir al servicio de las parroquias, sobre todo de los barrios populares; de los movimientos evangelizadores (especialmente los obreros y rurales); en una vocación que nunca ha renunciado al trabajo manual; en medio de los antiguos y nuevos marginados; en la formación teológica y pastoral de futuros apóstoles; en una labor acogedora de la religiosidad popular y, últimamente, haciendo hueco a una Iglesia que se da y se enriquece con la presencia de los nuevos inmigrantes.

Movimientos de Acción Católica mencionados

ACO: Acción Católica Obrera. Movimiento cristiano fundado en 1953 que se caracteriza por ser una Iglesia muy de base, arraigada en el mensaje de Jesús y con una opción clara por ser clase trabajadora y por comprometerse con ella.

HOAC / GOAC: La HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) es un movimiento de Iglesia, que en el ámbito catalán se denomina GOAC. Es miembro del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos (MMTC) y, desde 1991, promueve un Fondo de Solidaridad Internacional, que ha apoyado y financiado decenas de proyectos en África, Asia y América Latina.

JOBAC: Jóvenes Cristianos de Barrios Obreros y Ambientes Populares. Fue un movimiento de jóvenes cristianos con una fuerte implantación en Bar-

celona y su área metropolitana entre los años 1974 y 1992, momento en el que se fusiona con la JOC.

JOC: La Juventud Obrera Cristiana es un movimiento de jóvenes fundado en Bélgica en 1925 por Joseph Cardijn, sacerdote y obrero. Está vinculado al mundo obrero y, especialmente, a la juventud de los barrios humildes y de familias con menos recursos.

MIJAC: Movimiento Infantil y Juvenil de Acción Católica, cuya misión específica es promover la participación organizada de los niños y niñas en la acción evangelizadora de la Iglesia diocesana.

Bibliografía para profundizar (ordenada por antigüedad)

GODIN, Henri y DANIEL, Yvan. *La France, pays de mission?*, Éd. de l'Abelle, Paris, 1943.

CESBRON, Gilbert, *Les Saints Vont en enfer*. Ed. Robert Laffont, Paris, 1952.

- Existe una traducción al castellano: *Los santos van al infierno*, Ed. Destino, 1954

SIEFER, Gregor, *Die Mission der Arbeiterpriester: Ereignisse und Konsequenzen*. Driewer, Essen, 1960.

- Existe una traducción al castellano: *Los sacerdotes obreros. Los hechos y las consecuencias*, Ed. Nova Terra, Barcelona, 1965.

45

VAN BROECKHOVEN, Egied, *Journal spirituel d'un jésuite en usine*. Trad. George Neefs SJ, Desclée de Brouwer, Paris, 1976.

- Hay una reciente antología en castellano de fragmentos del diario: VAN BROECKHOVEN, Egied, *La amistad. Diario de un jesuita en la fábrica (1958-1967)*. Encuentro, Madrid, 2023

REIG, Ramiro y PICÓ, Josep, *Feixistes, rojos i capellans*. Nova Editorial Moll, Mallorca, 1978.

- En catalán, existe una edición reciente de la obra: *Feixistes, rojos i capellans. Església i societat al País Valencià (1940-1977)*, Universitat de València, 2004.

RICART, Josep, *Egara. Una parroquia obrera bajo el franquismo, 1963-1977*. Ed. Pedagógica del Vallès, Terrassa, 1979.

ARMADA, Ignacio, «Colectivo de jesuitas para la Misión Obrera», en *Revista Pastoral Misionera*, mayo-junio 1980.

GIMÉNEZ SJ, Jesús, *La Misión Obrera de la Compañía de Jesús en España (1963-1984)*. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, Tesina inédita, 1985.

PÁMPOLS, R.; ANORO, L., FARRÀS, J.; NOLAN, A. y KOLVENBACH, P. H., *Curas*

obreros, entre la Iglesia y el Reino. Cristianisme i Justícia, [Cuaderno CJ n.º 17](#), Barcelona, 1986.

GIMÉNEZ SJ, Jesús. «La Misión obrera de la Compañía de Jesús en España», en *Cuadernos M. O.*, n.º 3, 1991.

GALÁN, Isidoro, «Los jesuitas en la Misión Obrera del barrio de Las Seiscientas», en *Cuadernos del Estero: Revista de estudios e investigación*, n.º 16, 2001, pp. 35-42.

CATALÁ SJ, Toni, *Vida Religiosa «a la apostólica». Hombres y mujeres que quisieron seguir al Señor con mayor libertad*. Sal Terrae, Santander, 2004.

PÉREZ PINILLOS, Julio, *Los curas obreros en España*. Ed. Nueva Utopía, Madrid, 2004.

TABARES, Esteban, *Los curas obreros, su compromiso y su espíritu*. Ed. Nueva Utopía, Madrid, 2005.

RAMBLA, Josep M., *Dios, la amistad y los pobres. La mística de Egide van Broeckhoven, jesuita obrero*. Sal Terrae, Santander, 2007.

CORRALES, Xavier, *De la misa al tajo: la experiència de los curas obreros*. Universitat de València, Valencia, 2008.

46

RELATS, Pere, *Diari d'un any de peonatge*. Ed. Saragossa, Barcelona, 2009.

CENTENO, José; DIEZ, Luis i PÉREZ PINILLOS, Julio, *Curas obreros, Cuarenta y cinco años de testimonio: 1963-2008*. Herder Ed., Barcelona, 2009.

Los Negrales, «Jornadas sociales SJ» (apartado sobre la Misión Obrera). 2009.

SUÑOL, Miquel, «Els jesuïtes de la Missió Obrera entre dos generals. Maig 1970», en *Miquel Suñol web*, 2011. Disponible aquí: http://usuaris.tinet.cat/fqi_sj/arrupe

BOTEY, Jaume, *Curas obreros. Compromiso de la Iglesia con el mundo obrero*. Cristianisme i Justícia, [Cuaderno CJ n.º 175](#), Barcelona, 2011.

FLORES, Manuel, *Lucha Santa. Experiencia religiosa de los curas obreros de la Sierra Sur de Sevilla*. Ed. PPC, Madrid, 2012.

BARRÉ SJ, Noël, *Jésuites et ouvriers. La mission ouvrière jésuite de 1944 à la fin des années 1990*. Ed. Karthala, Paris, 2014.

PERNIA, Luis, *Abajarse*. Ed. Círculo Rojo, Almería, 2015.

LES CAHIERS DE L'ATÉLIER, «L'intuition des prêtres-ouvriers». Ed. de L'Atelier, n.º 547, octubre-diciembre 2015.

ALARIO, R., COLLET, P. y MULROONEY, J., *Curas en unas comunidades adultas*. Federación Europea de Curas Católicos Casados, Albacete, 2015.

FERRANDO, Emili, *Els cristians i el món obrer. L'experiència catalana durant el franquisme*. Autoeditado, Barcelona, 2017.

LAHOZ, Ricard i GARCIA JARDÍ, Enric, *Francesc Xammar i Vidal. Dignitat i compromís a la perifèria de Tarragona*. Publicacions URV, Tarragona, 2018.

GÓMEZ ROVIRA, Pere Pau, *La Missió Obrera Jesuïta des dels seus inicis fins a la transició democràtica*. Universitat Autònoma de Barcelona, tesis doctoral, 2019.

ÁLVAREZ DE LOS MOZOS SJ, Patxi, *Servir a los pobres, promover la justicia. Panorámica histórica del apostolado social de la Compañía de Jesús*. Sal Terrae, Santander, 2019.

LLOPIS, Enric, «Alberto Guerrero Peyrona» en *A la huelga. Militancias y lucha de clases en Valencia (1975-2023)*. Autoedición, Valencia, 2022, pp. 156-175.

47

SUÑOL, Miquel, «Florida i marcescència dels capellans obrers. Un fracàs?», en *Miquel Suñol web*, 2023. Disponible aquí: http://usuaris.tinet.cat/fqi_ct01/AF/para_alfredo_13_ct.htm

BAENA, Neus, *Hijos de su tiempo. Los sacerdotes obreros de Tarragona. Mundo obrero, antifranquismo y represión (1951-1977)*, Universitat Rovira i Virgili, tesis doctoral, Tarragona, 2023. Disponible aquí: <http://hdl.handle.net/10803/690014>

BAENA, Neus, *Del nacionalcatolicisme a la democràcia. Món obrer, església de base i antifranquisme a Tarragona (1951-1977)*. Arola Editors, Tarragona, 2024.

MOCEOP, «Curas obreros hoy». *Tiempo de hablar*, n.º 178, Albacete, octubre-diciembre 2024.

PONS, Agustí, *Catòlics, comunistes i cia. Intel·lectuals catalans i Guerra Freda*. Edicions de 1984, Barcelona, 2024.

MORATO, Demetrio, *Lo que vi, viví y creí. Memorias de un jesuita de barrio*. Autoedición, Zaragoza, 2024.



Últimos títulos

23. *A los sesenta años del Vaticano II*. Víctor Codina
24. *La conversación espiritual*. Josep M. Lozano
25. *Gustavo Gutiérrez en cinco artículos*. Gustavo Gutiérrez
26. *Empecemos por meditar*. Josep F. Mària
27. *Aplicación de sentidos*. Josep M. Lozano
28. *Entre la parroquia y la fábrica: testimonios de curas obreros*.
Varios Autores

La **Colección Virtual** es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en la web. Aquí encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferentes no hemos editado en papel, pero que pensamos tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos C.J. Deseamos que circulen por la red y, para ello, contamos contigo.

Encontrarás los cuadernos de esta colección en:
www.cristianismeijusticia.net/es/coleccion-virtual



COLECCIÓN
VIRTUAL

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
933 172 338 • info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

